

católicas, como ha ocurrido tantas veces en estos cinco siglos.

Luego, para contar la historia del nacimiento de la libertad religiosa Noonan recurre a varias voces: un capítulo, por ejemplo, toma la forma de un «catecismo» con preguntas y respuestas. Le sigue otro en el que muestra algo de gran interés (al menos para mí, pues desconocía este punto importante), y es que James Madison tuvo motivos religiosos y no meramente seculares o políticos para hacer su famosa defensa de la libertad religiosa. Noonan crea también un personaje, una hermana de Alexis de Tocqueville, que alega contra su hermano que el gobierno norteamericano está estrechamente ligado en sus operaciones a la religión. Junto a estas excursiones ficticias altamente didácticas, Noonan ofrece varias discusiones sustanciales sobre cuestiones de derecho constitucional y sobre las consecuencias que la libertad religiosa ha tenido (de la abolición de la esclavitud a los derechos civiles de los años sesenta).

La idea ha sido asombrosamente fecunda, influyendo no sólo gobiernos seculares (y revolucionarios, como ocurrió en Francia) sino también instituciones de gran abolengo histórico y asombrosa continuidad como la Iglesia Católica, que en el Concilio Vaticano II abrazó esta idea como exigida por la misma dignidad de la persona (en *Dignitatis humanae personae*). Fue precisamente una de las doctrinas que convirtieron a ese Concilio ecuménico en algo único en la historia eclesiástica, entre otras cosas, proclamando que la Iglesia de Cristo aprende de la experiencia humana, en este caso y en buena parte, aprendiendo de lo que sigue siendo uno de los focos más brillantes de la historia cultural de los Estados Unidos. «Imposible sin la reciente experiencia europea y el apoyo de los obispos de todo el mundo y la receptividad de los Papas italianos, la Declaración sobre la libertad religiosa tampoco hubiera existido sin la contribución norteamericana y el experimento que empezó con James Madison». Noonan pone práctico

remate a este libro con «diez mandamientos» sobre la libertad religiosa cuya comprensión y cumplimiento podrían eliminar tantos errores y horrores como ha conocido desafortunadamente la historia.

A. de Silva

Joaquín L. ORTEGA (coord.), *Felicidades, Jesucristo. Villancico coral de la BAC en el bimilenario del Nacimiento del Salvador*; Biblioteca de Autores Cristianos («BAC 2000», 28), Madrid, 1999, 313 pp.

El presente volumen es el resultado de una feliz iniciativa de la Junta de Gobierno de la BAC con motivo de la celebración del bimilenario del Nacimiento del Señor. Es un ramillete de felicitaciones elaborado por un numeroso grupo de escritores y publicistas relacionados con la BAC. «El resultado —como bien dice Joaquín L. Ortega—, a la vista está. Ha salido un gran villancico, Coral, fervoroso, original y algo torpón como corresponde a un libretto colectivo. Hay chorros cantarines y caudales reposados. Hay chispazos leves y tracas ruidosas. Abundan las felicitaciones personales, íntimas, que se traducen en confesiones vibrantes y acendradas» (p. 16).

La gran riqueza de esta obra es precisamente la gran libertad, que han mostrado los 81 autores de cada una de las colaboraciones aquí reproducidas. Los colaboradores son muy variados, van desde el Papa Juan Pablo II, que inicia las felicitaciones, hasta Gustavo Villapalos, que las concluye. Aunque la temática es la misma de fondo: Jesucristo; sin embargo, los testimonios que se aducen tienen la frescura de la vivencia personal del impacto que les ha producido su encuentro con el Señor. Abundan las composiciones poéticas o de prosa poética, como reclama el carácter celebrativo del evento que conmemora. El escrito de Juan Pablo II lleva por título «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» y está tomado literalmente de los n. 56-58 de la Carta apos-

tólica *Tertio millennio adveniente*. Hay algunas colaboraciones muy breves, entre ellas destaca por su parquedad la de Joaquín Ruiz Jiménez, intitulada «Felicidades y gracias», que abarca nueve líneas. Por la honda espiritualidad que respira citaremos la de Baldomero Jiménez Duque «Reflexión sobre Dios-amor». De los escritos procedentes del área cultural navarra seános permitido señalar las contribuciones de José María Cabodevilla, de excelente prosa poética, la de D. José María Cirarda, que nos ofrece su testimonio personal, la de D. Fernando Sebastián, llena de contenido teológico-pastoral, y la de Josep-Ignasi Saranyana, que es una pequeña muestra de erudición académica.

En suma, estamos ante un libro de indiscutible valor histórico y literario, que se recomienda por sí mismo y que estoy seguro hará mucho bien al público lector.

D. Ramos-Lissón

Federico María REQUENA, *Espiritualidad en la España de los años veinte*. Juan G. Arinterro y la revista «*La Vida Sobrenatural*», EUNSA («Historia de la Iglesia», 32), Pamplona 1999, 292 pp.

La Historia de la espiritualidad del siglo XX está todavía por escribir, aunque no faltan algunos primeros intentos de aproximación o visión de conjunto. Pero no es tarea fácil reflejar en su justa perspectiva la notable riqueza y variedad de experiencias, enseñanzas, instituciones, tendencias, movimientos, etc., que llenan la vida espiritual cristiana de nuestro siglo, y menos con la lógica falta de perspectiva que todavía poseemos. Entre otro material de trabajo, parece clara la necesidad de un buen número de monografías y estudios especializados que nos vayan ayudando a conocer y valorar mejor cada uno de los periodos y aspectos de este complejo siglo.

Un periodo particularmente fructífero en toda la Iglesia, incluida España, fue precisamente la década de los años veinte; y una de

las figuras de más talla y peso en esos años, tanto en el ámbito teológico-espiritual como en el pastoral y de dirección de almas, fue el dominico Juan González Arinterro. Una de sus iniciativas más importantes, y que todavía hoy sigue fecundando la espiritualidad y la reflexión teológica, es la revista *La Vida sobrenatural*.

El profesor Federico Requena, teólogo e historiador, ha realizado un minucioso trabajo de investigación en torno a dicha revista, en el periodo 1921-1928, es decir, desde su fundación, hasta la muerte del fundador, primer director y alma de la misma: el propio Arinterro. En primer lugar, ha situado oportunamente esta publicación en el contexto general de la época y, sobre todo, en el entorno teológico, espiritual y personal de su fundador e impulsor. Después (capítulo III) presenta oportunamente la historia primitiva de la revista, sus colaboradores principales en esos años, etc.

Pero el grueso del libro (Parte II) está dedicado a un análisis detenido del mensaje teológico y espiritual de los artículos publicados en esos años. Aquí se nos muestra el profesor Requena como verdadero historiador de la teología, y realiza, a mi juicio, la aportación más interesante en la línea apuntada al principio de esta reseña: un estudio histórico-teológico-espiritual que da muchas luces sobre los planteamientos e inquietudes de fondo del periodo.

Destacan, primero, dos aspectos característicos del momento y de los anhelos personales del Padre Arinterro: las delicadas cuestiones místicas, sobre las que él contribuyó decisivamente a dar luz; y la difusión de la devoción al Amor misericordioso, en el contexto más amplio del «caminito» de infancia espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús, sin cuya enseñanza e influjo no es posible entender, sin duda, lo que ha sido nuestro siglo en la espiritualidad cristiana y en otros aspectos de la teología y la vida eclesial.

Siguen otros dos capítulos más variados y generales: uno sobre numerosas figuras espirituales clásicas y contemporáneas estudiadas